

le encontrase en Abukir. Este, después de haber reconocido los Dardanelos y el Archipiélago y de haber vuelto al Adriático, á Nápoles y Sicilia, supo en Coron, puerto de la Morea, por el capitán de un bajel griego, que los franceses habían desembarcado en Alejandría, é inmediatamente determinó ir en busca de su escuadra para batirla. Envió por delante una fragata, la que, habiendo descubierto las naves en emigas, observó detenidamente la posición que ocupaban, retrocediendo en seguida al encuentro de Nelson, quien, informado de todo, hizo rumbo á Abukir, á donde llegó el primero de Agosto, á eso de las seis de la tarde. No le esperaba Brueys, y el inglés, no queriendo dejarle tiempo para que se preparara, dió en el acto la orden de atacar. Cada parte contaba con trece navíos de alto bordo; pero los ingleses tenían á su favor su mayor pericia, el ir apercibidos al combate, las ventajas de la posición y, sobre todo, el genio del jefe que los mandaba. Por un movimiento atrevidísimo y sumamente arriesgado á causa de los bajíos, cinco buques de Nelson pasaron por entre la escuadra francesa y un islote que hay á la izquierda de Abukir, colocándose entre la costa y el enemigo, que quedó cogido entre dos fuegos. A poco de entablada la acción, fué herido Brueys, que no quiso que le bajasen del puente, diciendo que «un almirante debía morir dando órdenes»; un cuarto de hora después, una bala de cañón le dejaba muerto en el mismo banco. A las nueve se incendió y voló el *Oriente*, á pesar de lo cual, otros cinco navíos franceses sostuvieron bravamente la pelea hasta la tarde del siguiente día. Dicen los historiadores del país vecino y alguno atribuye á sus adversarios la misma opinión, que si Villeneuve, que mandaba el ala derecha de la escuadra francesa y que no tomó parte en la lucha, hubiese intervenido oportunamente, la victoria habría coronado el esfuerzo de sus compatriotas; pero Villeneuve, no creyendo poder aventurar sus navíos contra Nelson, levó anclas á media noche, no para acudir en auxilio de sus hermanos, sino para retirarse del lugar de la batalla. Tres de sus navíos encallaron en la costa, y él, con dos que le quedaban y dos fragatas, corrió sin ser perseguido á refugiarse en la isla de Malta. El nombre de Villeneuve suena también tristemente en los oídos españoles. El hado adverso que parecía presidir los destinos de ese hombre, debía sernos terriblemente funesto en Trafalgar. Nunca la marina francesa había experimentado un desastre tan tremendo como el de Abukir. Todas las naves que allí tenía, excepto las que huyeron con Villeneuve, quedaron sepultadas bajo las olas. Los ingleses sufrieron pérdidas sensibles, pero su triunfo no pudo ser más glorioso.

La noticia de haber sido destruida la escuadra produjo verdadera consternación en el ejército de Egipto. «Hémos abandonados, decían todos, en este país bárbaro, faltos de comunicación, sin esperanzas de volver á nuestras casas». Kleber, que enviaba el parte, expresábase con desaliento, no obstante su fortaleza. Bonaparte fué el único que, venciendo su preocupación, demostró serenidad. Prisionero en su propia conquista, determinó obrar como soberano del país, interin su fecunda inventiva le sugería el medio de salir

del conflicto; y procurando en primer término devolver la confianza á las tropas, les dijo: «Nos imponen la necesidad de ejecutar grandes cosas, las haremos; de fundar un gran imperio, lo fundaremos. Mares que no dominamos nos separan de la madre patria; pero ninguno nos separa de Asia ni de África. Somos muchos, y no nos faltarán hombres con qué llenar nuestros cuadros. Tenemos en abundancia municiones de guerra y, en caso necesario, las fabricarán Champy y Conté». El prestigio del general en jefe y la entereza que demostraba, hicieron que por el momento olvidara el ejército sus temores; sin embargo, en lo sucesivo, en las horas de tristeza, cuando el pensamiento volaba á aquella patria inaccesible, acudía á la mente del soldado la idea del aislamiento en que se veía, sumiéndole en mortal angustia.

Por más que Bonaparte no economizara medio para captarse las simpatías de los naturales, un espíritu de sorda agitación trabajaba los ánimos de los vencidos, que no podían avenirse á soportar el yugo de un extranjero y de un infiel. La rota de Abukir, además, había reanimado las esperanzas de todos los enemigos del nombre francés. Atizaba los odios Inglaterra, y considerábase á Bonaparte irremisiblemente perdido. El Directorio no envió á Constantinopla la embajada que se había convenido, tal vez por considerarla inútil, y el gobierno del Sultán declaró la guerra á Francia, repartiendo profusamente entre los egipcios, por medio de los ingleses y de los emisarios de los beyes desposeídos, una proclama, en que excitaba á los mahometanos á la guerra santa, acusando á los invasores de pertenecer á una nación de descreídos, para quienes eran igualmente fabulosos el Corán, el antiguo Testamento y el Evangelio. Amurates se defendía en el alto Egipto contra Desaix, que ya había comenzado la conquista de aquel territorio; Menou y Dugua contenían con dificultad en la obediencia al Egipto inferior, y todo el desierto estaba en armas. En tal situación, estalla en el Cairo un movimiento insurreccional imponentísimo. Bonaparte lo reprime con mano dura; pasa á cuchillo á los amotinados; forma consejo de guerra y hace ejecutar á los principales instigadores; suprime por algún tiempo el Divan que había establecido reemplazándolo con un gobierno militar, y exige una contribución extraordinaria á los habitantes. También mandó que se fijase en todas las poblaciones una proclama refutando la del Sultán, y que terminaba con estas palabras: «Cesad de fundar vuestras esperanzas en Ibrahim y Amurates, y ponedlas en el que dispone á su albedrío de los imperios y que ha creado á los humanos. El más religioso de los profetas lo ha dicho: *la sedición está dormida; maldito sea quien la despierte*».

Desaix había, como hemos dicho, comenzado por este tiempo su campaña en el alto Egipto y librado con fortuna, el siete de Octubre, la batalla de Sediman, la más encarnizada de todas las que se dieron en Egipto. Continuó su movimiento de avance durante el invierno hasta hacerse dueño de toda la región, distinguiéndose como hábil gobernante, no menos que como consumado capitán, en términos de ser alabado por su clemencia



tanto ó más que temido por su valor. Así como en el Cairo llamaban á Bonaparte el *Sultán del fuego*, en el alto Egipto dieron á Desaix el sobrenombre del *Sultán justo*. Sometido el Cairo, fué obra de pocos días pacificar el Egipto inferior y concertar la paz con los beduinos. Entonces, dirígese Bonaparte á Suez, para examinar por sí mismo el problema de la unión del mar Rojo con el Mediterráneo y buscar las huellas del antiguo y famoso canal que recibió su nombre de Sesostris. Después de tres días de marcha por el desierto, llega á Suez, visita la costa, ordena completar las defensas de aquella plaza, pasa el mar Rojo por el Madieh, brazo vadeable en la marea baja, y va á reconocer en Arabia las fuentes de Moisés. Al regresar de este punto, la marea empieza á subir y las olas amenazan tragarse á Bonaparte y sus compañeros. «¿Habremos venido hasta aquí para morir como Faraón? exclamó aquél. ¿Sería un buen texto para los predicadores de Roma!» Al fin, uno de los guías, llevando á cabrito á Bonaparte, lo sacó del peligro.

Como la Puerta estaba organizando dos ejércitos, uno en Rhodas y otro en Siria, los cuales habían de operar simultáneamente en la primavera de mil setecientos noventa y nueve, desembarcando el uno en Abukir y atravesando el otro el desierto que separa á Siria de Egipto, Bonaparte, tratando de ganar por la mano al enemigo, según tenía por costumbre, decidió aprovechar el invierno para invadir la Siria y apoderarse de San Juan de Acre, Damasco y demás ciudades principales. El célebre bajá de San Juan de Acre, Djezar, había sido nombrado general en jefe del ejército de Siria, cuya vanguardia, mandada por el bajá de Damasco, Abdallah, había ocupado el fuerte de El-Arich, que defiende por la parte de Siria la frontera de Egipto. Bonaparte emprendió la marcha en los primeros días de Febrero, con Kleber, que se había incorporado al grueso del ejército, Reynier, Lannes, Bou y Murat, cuyas divisiones juntas sumaban trece mil hombres. Peree, con tres fragatas, debía transportar la artillería de sitio á Jaffa. Los franceses llegaron el diez y siete del mes expresado á la vista de El-Arich, cuya guarnición se rindió después de ligera resistencia, y en cuyo interior encontraron almacenes muy bien provistos. El bey Ibrahim, que había querido socorrer á los del fuerte, tuvo que huir dejando su campo con riquísimo botín en poder del vencedor. Necesitó éste atravesar cincuenta leguas por el desierto, pasando quebrantos y privaciones sin número; pero el ejemplo de Bonaparte, que todo lo sufría heroicamente, y su energía en reprimir las murmuraciones y quejas, hacían callar hasta á los más descontentos. Tras varios días de penosas marchas, el ejército contempló con alegría profunda las montañas de Siria y las llanuras de la antigua Gaza, que le recordaban el suelo de la patria. En las inmediaciones de Gaza disputó el paso á los franceses Abdallah, con algunos miles de hombres; fué derrotado, y los jeques y ulemas de dicha población trajeron á Bonaparte las llaves de la ciudad, que ocupó sin tardanza. Al salir de Gaza, toman los franceses hacia la izquierda, acampan en Esdud, recorren el campo de batalla de Ascalón, donde Godofredo

batiera al Sultán de Egipto y á los moros de Etiopía, y avanzan hasta cerca de Jerusalén, deteniéndose en Zamleh, ciudad célebre, cuya población es cristiana y donde hay gran número de conventos. Llena la mente con los recuerdos que aquellos lugares despertaban, se leía por las noches la Biblia en la tienda del general en jefe. Los soldados ardían en deseos de visitar el Santo Sepulcro, trepar por la colina del Calvario y subir á la meseta donde se alzara el templo de Salomón. No sin disgusto, recibieron la orden de volver á la izquierda. Bonaparte tenía prisa por entrar en Jaffa, ciudad fortificada y que contaba con guarnición escogida y numerosa. Su rada es la primera que se encuentra desde Damietta, y era preciso poseerla para abrir la comunicación por mar con esta última y recibir los barcos cargados de viveres, con la artillería de sitio que conducían.

Jaffa, la antigua Joppe, que desempeñara papel tan importante en la historia de los hebreos, estaba rodeada de gruesa muralla flanqueada de torreones, y la defendían cuatro mil hombres. Bonaparte la bate en brecha, y enseguida intima la rendición al comandante. La respuesta es cortar la cabeza al parlamentario. Ordena entonces el asalto; es tomada la ciudad, y el saqueo y la matanza duran treinta horas. En Jaffa se hizo reo Bonaparte de un acto de crueldad inconcebible, que fué el mandar ejecutar á miles de prisioneros, so pretexto de que no podía enviarlos á Egipto, por falta de escolta, y que sin ella irían á reunirse con el enemigo. El ejército consumió el sacrificio por obediencia, pero sin disimular el horror que le causaba. Como si el odioso crimen no pudiese quedar sin castigo, su detención en Jaffa les costó á los franceses ser invadidos por la peste negra. Para asistir á los atacados, abrióse el hospital de pestíferos, donde acaeció la escena inmortalizada por el pincel de Gros. Bonaparte visita las salas, consuela á los enfermos y, tocando las llagas que cubren sus cuerpos, les dice: «Bien veis que esto no es nada». Le reprochan la imprudencia que ha cometido, y contesta fríamente: «Ese es mi deber, soy el general en jefe». También el cirujano Desgenettes se inocula el mal en presencia de los soldados, para demostrarles que puede curarse, restableciendo así la moral del ejército profundamente quebrantada.

Sólo faltaba ya que la bandera tricolor tremolase en San Juan de Acre, para que Bonaparte fuese dueño de toda la Siria. Pero la fortuna reservaba al audaz guerrero una tremenda decepción delante de los muros de la antigua Ptolemaida. Habiase encerrado en esta ciudad el bajá Djezar con todas sus riquezas y una fuerte guarnición, y el comodoro inglés Sidney-Smith, que andaba cruzando aquellas aguas, le proveía de ingenieros, artilleros y municiones. El sitio de Acre duró sesenta y dos días: en este espacio de tiempo la ciudad fué asaltada repetidas veces, siempre sin resultado; la artillería de sitio que Bonaparte esperaba había caído en poder de Smith; la plaza recibió valiosos refuerzos por mar, y un emigrado francés, Felipeaux, comandante de ingenieros y antiguo discípulo de Bonaparte en la escuela militar, haciéndose cargo de la defensa, esterilizó con su valor